

Festivales en España: la música también veranea

Es muy posible que la aseveración aventurada a modo de subtítulo sea asimismo cierta para la gran mayoría de los demás países europeos. Pero en España, a la que voy a circunscribir este artículo, se me antoja más notoria. Aludo, para ser más claro, a ese fenómeno poco justificable que consiste en que tan pronto se llega a los aledaños del verano se produce en nuestro territorio, con carácter general, una disminución drástica de la oferta de música culta. En muchos lugares, hasta se cierran las «tiendas». Así sucede, sin ir más lejos, con el Auditorio Nacional de Madrid, que echa los candados a cal y canto durante julio y agosto.

Soy lo bastante viejo como para poder dar testimonio directo de cómo los veranos españoles se convertían en auténticos páramos en lo que a poder disfrutar de audiciones musicales se refiere. Hablo de la década de los años cuarenta, y aun de las dos siguientes, con las excepciones a que luego aludiré. Es cierto que tampoco en el resto de las estaciones estaban nuestras ciudades por aquellas calendas civilizadamente abastecidas en lo que a alimento musical atañe, pero heroicos esfuerzos de ciertas beneméritas sociedades o asociaciones filarmónicas conseguían sacar los inviernos de algunas de ellas de situaciones tercermundistas.

El movimiento dirigido a dotar a las etapas veraniegas de algunos focos en los que poder, siquiera con viaje de por medio, satisfacer aficiones musicales que no saben de vacaciones, tuvo en nuestro país una clarísima pionera: la «Quincena Musical Donostiarra» de San Sebastián. En efecto, desde el mismo año de 1939 en que terminó nuestra guerra civil, la «Quincena» ha venido un verano sí y otro también —con uno solo en blanco— convocando a propios y extraños. Su condición de «adelantada» no puede discutirse. Luego, hasta pasados trece años, o sea hasta 1952, no surgen los otros dos festivales —éstos denominados ya así— que merecen atención retrospectiva: el de Granada y el de Santander. Verdad es que en el también lejano 1962 iniciaron su andadura otras dos pruebas, las «Semanas de Música Religiosa» de Cuenca y el Festival de Barcelona; pero, otoñal éste y de Semana Santa aquélla, se salen en rigor de los límites veraniegos dentro de los que quiero mantenerme en este trabajo.

En todo caso, sí resulta de justicia poner a todos los eventos mencionados nombres y apellidos. Porque su puesta en marcha se debe en buenísima parte a los esfuerzos generosos e ilusionados de personas muy concretas y determinadas: Francisco Ferrer en San Sebastián; Antonio Gallego Burín y Antonio de las Heras en Granada; Ataúlfo Argenta y Manuel Riancho en Santander; Manuel Capdevila en Barcelona y Eugenio López y Antonio Iglesias en Cuenca. En cualquier caso, debe insistirse en que las motivaciones que empujaron estos nacimientos no fueron de la misma naturaleza de las que hicieron surgir, en su momento, los festivales de Salzburgo, Bayreuth o Prades, por citar unos ejemplos señeros. Entre nosotros no se perseguía honrar el nombre y la obra de un compositor o un intérprete en el que había sido su ámbito vital, sino proporcionar alguna música en vivo que mereciera la pena en lugares y en época en los que se pudiera paliar, con las mayores audiencias posibles, la falta casi absoluta de ella.



Ha llovido mucho, no ya desde la aparición en 1939 de la «Quincena Donostiarra», sino también desde el momento, 1962, en que fueron creadas las muestras de Cuenca y Barcelona. Y, claro es, en tan amplios lapsos se han sucedido vaivenes de todo tipo en las cinco pruebas de arranque. Y nacimientos de otras. Y desapariciones de algunas. Las que de esas cinco primeras nacieron con intención ecléctica o polivalente (todas, excepto Cuenca) han sufrido muy importantes altibajos en la categoría y relevancia de sus programaciones, tras sendas fases iniciales de envidiable brillantez. Hasta el punto de que —centrándonos, insisto, en las citas veraniegas— tanto Granada como San Sebastián y Santander han pasado por momentos de peligro para la continuidad misma de sus concentraciones veraniegas. Y ello, con todo y ser miembros destacados de la muy prestigiosa Asociación Europea de Festivales de Música que crearon en enero de 1952 (recuérdese: el año en cuyo verano arrancaron los Festivales de Granada y Santander) Igor Markevitch y Denis de Rougemont, presidente de la Asociación éste último, por cierto, durante más de treinta años.

Pero no es el objetivo de este artículo el de pedir cuentas a gestores precedentes, ni el de subrayar fallos, ausencias o deficiencias en programaciones pretéritas, ni siquiera el de censurar la escasa atención general que merecieron durante muchos años nuestra música y nuestros músicos. Se trata sencillamente de ofrecer una panorámica de lo que son los principales festivales españoles en este verano de 1997, y de cómo nuestros aficionados —muchos de ellos viajando, como antes— pueden seguir satisfaciendo su afición en esa época. No subrayar fallos o deficiencias

pretéritas, decía. Más es. Antes de entrar en la relación de los festivales más destacados que enriquecen nuestro veraneo, es justo aclarar que las tres convocatorias llamémoslas históricas han superado en estos momentos cualquier bache precedente de los que genéricamente se ha hecho mención más arriba –tanto la «Quincena Donostiarra» como los Festivales de Granada y Santander, pero especialmente la primera–, y pueden pasar cualquier examen comparativo con excelencia o, al menos, con dignidad máxima. Lo que, como siempre, también se debe a personas concretas. De que en la «Quincena» se haga un ciclo de música del siglo XX, se atienda como es debido a la música y a los músicos españoles en general y vascos en particular, se den oportunidades a jóvenes intérpretes, se haya recuperado la ópera, se celebren sesiones de estudio y encuentros, etc., etc., «cúlpe» a José Antonio Echenique, su director. Como el vuelco que ha dado en un par de años en cuanto a orden e interés programador el languideciente Festival de Granada debe atribuirse a quien ahora lo dirige, Alfredo Aracil, y el pulso recobrado por el de Santander después de las no menos languidecientes ediciones últimas de la Plaza Porticada y el inseguro comienzo en 1996 del Palacio de Festivales debe agradecerse a la por segunda vez decisiva mano de José Luis Oejo.



Si nos decidimos por fin a pasar revista, aunque sea sin exhaustividad, a los festivales de música culta que se suceden en el trimestre julio/agosto/septiembre en nuestro país, nos encontramos con que es el de Granada el primero en orden cronológico: se abre el día 20 de junio y se clausura el 6 de julio. Llama un poco la atención en él, a primera vista, que apenas cuente para sus actividades el Auditorio Manuel de Falla, tan largamente esperado. Sus razones habrá, como asimismo existirán para incorporar a su ya inigualable panoplia de escenarios algún otro como la azotea del Palacio de Congresos. Pero vamos ya a la relación prometida:

Festival Internacional de Música y Danza de Granada (20 de junio a 7 de julio). De carácter multiforme, acopla esta cuadragésima sexta edición, subtitulada «Puntos de encuentro», hasta doce epígrafes distintos que van desde la música sinfónica del Palacio de Carlos V, con la Sinfónica de Hamburgo y el Orfeón Donostiarra, con Gómez Martínez y Sainz Alfaro, hasta las citas flamencas del Corral del Carbón, el Sacromonte o el Albaicín; desde la danza del Generalife y de la azotea mencionada antes, hasta los recitales de órgano; desde los cafés-concierto del teatrillo del Hotel Alhambra, con el piano de Rodrigo y de Ernesto Halffter, hasta los homenajes en Arrayanes a Cassadó y a Segovia. Sin